

regocijo. El cielo parecía descender a la tierra, y se regocijaban en la gracia de un Salvador misericordioso.

Historia 10—Las Enseñanzas de Cristo

Entre los judíos, la religión había llegado a ser poco más que una serie de ceremonias. Al haberse apartado de la verdadera adoración a Dios y haber perdido el poder espiritual de su palabra, habían intentado suplir esa falta añadiendo ceremonias y tradiciones propias.

Solo la sangre de Cristo puede limpiar del pecado. Solo su poder puede guardar a los hombres de pecar. Pero los judíos dependían de sus propias obras y de las ceremonias de su religión para ganarse la salvación. Debido a su celo por estas ceremonias, se creían justos y dignos de un lugar en el reino de Dios.

Pero sus esperanzas estaban puestas en la grandeza mundanal. Anhelaban riquezas y poder, y esperaban recibirlos como recompensa por su piedad fingida.

Esperaban que el Mesías estableciera su reino en esta tierra y gobernara como un príncipe poderoso entre los hombres. Toda bendición terrenal esperaban recibir en su venida.

Jesús sabía que sus esperanzas habrían de ser defraudadas. Había venido a enseñarles algo mucho mejor de lo que habían buscado.

Había venido a restaurar la verdadera adoración a Dios. Debía introducir una religión de corazón puro que se manifestara en una vida pura y un carácter santo.

En el hermoso Sermón del Monte explicó lo que Dios considera más precioso y lo que daría verdadera felicidad.

Los discípulos del Salvador habían sido influenciados por las enseñanzas de los rabinos; y fue para estos discípulos, en primer lugar, que se pronunciaron las lecciones de Cristo. Lo que les enseñó es también para nosotros. Necesitamos aprender las mismas cosas.

«Bienaventurados los pobres en espíritu» (Mateo 5:3), dijo Cristo. Los pobres en espíritu son aquellos que conocen su propia pecaminosidad y necesidad. Saben que por sí mismos no pueden hacer nada bueno. Desean la ayuda de Dios, y a ellos se les concede su bendición.

«Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el que es contrito y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para hacer vivir el corazón de los contritos» (Isaías 57:15).

«Bienaventurados los que lloran» (Mateo 5:4). Esto no se refiere a los que se quejan y murmuran, y que andan con un semblante amargo y abatido. Se refiere a aquellos que están verdaderamente apenados por sus pecados y que piden perdón a Dios.

A todos esos, él los perdonará libremente. Dice: «Convertiré su lloro en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor» (Jeremías 31:13).

«Bienaventurados los mansos» (Mateo 5:5). Cristo dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11:29). Cuando fue tratado injustamente, devolvió bien por mal. En esto nos ha dado un ejemplo, para que hagamos como él hizo.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia». La justicia es obrar correctamente. Es la obediencia a la ley de Dios, porque en esa ley se establecen los principios de la justicia. La Biblia dice: «Todos tus mandamientos son justicia» (Salmo 119:172).

Cristo, con su ejemplo, enseñó a los hombres a obedecer esa ley. La justicia de la ley se ve en su vida. Tenemos hambre y sed de justicia cuando queremos que todos nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones sean como las de Cristo.

Y podemos ser como Cristo si realmente lo deseamos. Podemos tener nuestras vidas como la suya, nuestras acciones en armonía con la ley de Dios. El Espíritu Santo traerá el amor de Dios a nuestros corazones, de modo que nos deleitemos en hacer su voluntad.

Dios está más dispuesto a darnos su Espíritu que los padres a dar buenas cosas a sus hijos. Su promesa es: «Pedid, y se os dará» (Lucas 11:9; Mateo 7:7). Todos los que tienen hambre y sed de justicia «serán saciados».

«Bienaventurados los misericordiosos» (Mateo 5:7). Ser misericordioso es tratar a otros mejor de lo que merecen. Así nos ha tratado Dios a nosotros. Él se deleita en mostrar misericordia. Es bondadoso con los ingratos y con los malos.

Así nos enseña a tratarnos unos a otros. Dice: «Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4:32).

«Bienaventurados los de limpio corazón» (Mateo 5:8). A Dios le importa más lo que realmente somos que lo que decimos ser. No le importa cuán

hermosos parezcamos, sino que quiere que nuestros corazones sean puros. Entonces todas nuestras palabras y acciones serán rectas.

El rey David oró: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpo». «Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía y redentor mío» (Salmo 51:10; 19:14). Esta debería ser nuestra oración.

«Bienaventurados los pacificadores» (Mateo 5:9). El que tiene el espíritu manso y humilde de Cristo será un pacificador. Tal espíritu no provoca contiendas, no devuelve respuestas airadas. Hace feliz el hogar y trae una dulce paz que bendice a todos los que lo rodean.

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia» (Mateo 5:10). Cristo sabía que por su causa muchos de sus discípulos serían puestos en prisión, y muchos serían muertos. Pero les dijo que no se lamentaran por esto.

Nada puede dañar a aquellos que aman y siguen a Cristo. Él estará con ellos en todo lugar. Podrán ser condenados a muerte, pero él les dará una vida que nunca terminará, y una corona de gloria que no se desvanece.

Y de ellos otros aprenderán acerca del querido Salvador. Cristo dijo a sus discípulos:

«Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5:14). Jesús estaba por irse pronto del mundo a su hogar celestial. Pero los discípulos debían enseñar a la gente su amor. Debían ser como luces entre los hombres.

La lámpara del faro, brillando en la oscuridad, guía al barco con seguridad hacia el puerto; así los seguidores de Cristo deben brillar en este mundo oscuro, para guiar a los hombres hacia Cristo y al hogar celestial.

Esto es lo que todos los seguidores de Cristo deben hacer. Él los llama a trabajar con él en la salvación de otros.

Tales lecciones eran extrañas y nuevas para los oyentes de Cristo, y él las repitió muchas veces. En una ocasión, un intérprete de la ley vino a él con la pregunta: «Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?»

«Y respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo».

«Has respondido correctamente», dijo Cristo; «haz esto y vivirás». El intérprete de la ley no había hecho esto. Sabía que no había amado a otros como a sí mismo. En lugar de arrepentirse, trató de encontrar una excusa para su egoísmo. Entonces preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lucas 10:25-29).

Los sacerdotes y rabinos a menudo disputaban sobre esta cuestión. No llamaban a los pobres e ignorantes sus prójimos, y no les mostraban ninguna bondad. Cristo no tomó parte en sus disputas; respondió a la pregunta con una historia sobre algo que había sucedido poco tiempo antes.

Cierto hombre, dijo, bajaba de Jerusalén a Jericó. El camino era empinado y rocoso, y atravesaba una región salvaje y solitaria. Allí el hombre fue

capturado por ladrones, y despojado de todo lo que tenía. Fue golpeado y magullado, y dejado por muerto.

Mientras yacía así, un sacerdote y luego un levita del templo de Jerusalén pasaron por ese camino. Pero en lugar de ayudar al pobre hombre, pasaron por el otro lado.

Estos hombres habían sido escogidos para ministrar en el templo de Dios, y deberían haber sido como él, llenos de misericordia y bondad. Pero sus corazones eran fríos e insensibles.

Después de un tiempo, un samaritano se acercó. Los samaritanos eran despreciados y odiados por los judíos. A una de estas personas un judío no le habría dado ni un trago de agua ni un bocado de pan. Pero el samaritano no se detuvo a pensar en esto. Ni siquiera se detuvo a pensar en los ladrones que podrían estar acechándolo.

Allí yacía el desconocido, sangrando y a punto de morir. El samaritano se quitó su propia capa y lo envolvió con ella.

Le dio de su propio vino para beber, y derramó aceite sobre sus heridas. Lo subió sobre su propia bestia, lo llevó a una posada y cuidó de él toda la noche.

A la mañana siguiente, antes de irse, pagó al posadero para que lo cuidara hasta que se recuperara. Así contó Jesús la historia. Luego, volviéndose al intérprete de la ley, preguntó:

«¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?»

El intérprete de la ley respondió: «El que tuvo misericordia de él».